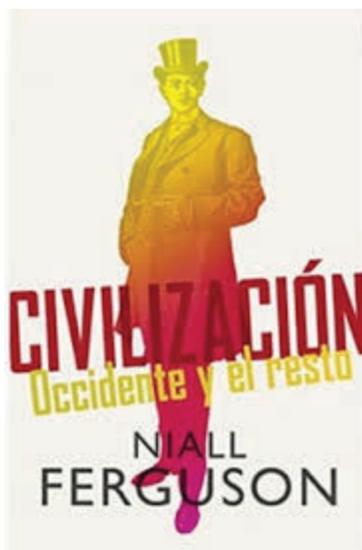


Niall Ferguson. *Civilización. Occidente y el resto*. 3ª edición. España. Editorial Debate. 2013.

Albert Hirschman. *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. Madrid. Capitán Swing. 2014. [1977].

Jürgen Kocka. *Historia del capitalismo*. Barcelona, España. Editorial Crítica. 2014.

Jorge Bracho Martínez
Profesor Titular del Instituto Pedagógico de Caracas de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Caracas-Venezuela, y del Centro de Investigaciones Históricas “Mario Briceño Irragorri”.
E-mail: jorbrac59@gmail.com.



Historias del Capitalismo. Occidente y Oriente

A raíz de los estudios basados en un tipo de historia descentrada de la visión eurocéntrica, que predominó junto con la historiografía moderna desde su fundación como ciencia durante el 1800, las monografías históricas, con horizontes mundiales o universales, han venido resaltando los rasgos del capitalismo que se mostraron en China, India y los espacios territoriales islámicos. Gracias a las estructuraciones narrativas tramadas por académicos, originarios de lo que se conoce como la porción oriental del sistema mundo, en universidades de algunos países occidentales, Oriente ha sido reduplicado como parte integrante y fundacional del mundo en lo que se refiere a sus dimensiones políticas, económicas, sociales y culturales. De igual manera, han abordado estudios acerca del

capitalismo y la modernidad más allá de la simplificación que implicó la asociación de mercado, burguesía y proletariado como rasgos únicos de la definición tanto del sistema de producción denominado capitalista, como el surgimiento del liberalismo y el mundo moderno.

Así, al interior del mundo académico asentado en el occidente de mayor desarrollo técnico y económico, los investigadores han optado por mostrar una visión más amplia de lo que el capitalismo guarda como significado. Para Ferguson, por ejemplo, fueron seis complejos institucionales que contribuyeron con la diferenciación del Occidente capitalista y el resto del mundo. El autor los caracteriza de la siguiente manera. En primer lugar, fue la competencia dentro de la que se encuentra la descentralización de la vida política y económica. También otorga un relevante papel a la ciencia en que el estudio, la comprensión y la transformación del mundo natural como lo fue el caso de la industria militar contribuyeron con esa diferenciación. En tercer lugar, resalta el de los derechos de propiedad cuya particularidad estriba en la imposición de un cuerpo de leyes que protegieron a los propietarios y con la que se alcanzó a dirimir de modo pacífico distintos conflictos, así como que se logró estabilizar y sustentar gobiernos representativos. Asimismo, el desarrollo del ámbito de la medicina concitó el mejoramiento de la salud de la población y, por ende, aumentó la calidad y esperanza de vida. En quinto lugar, ubica el modo de vida material en el que producción y compra, como bienes de consumo y vestimenta, potenciaron la Revolución Industrial. Por último, la ética del trabajo acicateada con el cristianismo bajo la versión del protestantismo.

Por ser de gran interés mostrar cómo Occidente logró imponerse al denominado Oriente, Ferguson arguye que menos de un siglo después de haberse construido la Ciudad Prohibida (entre 1406 y 1420), la decadencia relativa de Oriente ya se había iniciado. Mientras Europa, que había sido presa de constantes conflictos bélicos, comenzó su ascenso en la esfera mundial. El siglo XV se tiene como el momento durante el cual la expansión del capitalismo entró en vigor. Kocka sostiene que ella se logró consolidar por tres vías convergentes. Una de ellas la denomina espacial cuyo asidero se halla en el nuevo sistema de comercio mundial. Otra, tuvo que ver con el impacto fronterizo

y la incursión en el ámbito de la producción, con el que se fomentó la dinámica comercial, de larga data en la historia de Occidente y de Oriente. Por último, la senda social y la importancia que adquirió en los Países Bajos, primeramente, e Inglaterra, posteriormente.

Aunque este último autor advierte acerca de la dificultad de situar la fase inicial del capitalismo en el ámbito mundial, proporciona ejemplos alrededor de varios rasgos capitalistas en China, entre los siglos X-XIV, Arabia, entre los siglos VII-XI, y Europa, entre los siglos XII-XV. De igual forma, subraya lo poco conveniente de hacer referencia a un supuesto precapitalismo, tan del gusto de historiadores marxistas, porque al estudiar la historia del capitalismo se pueden precisar elementos que inducen a pensar su extensión no sólo más allá de las fronteras europeas, sino del resto del mundo y desde mucho antes del siglo XVI, el que fue estudiado por Marx para el caso inglés. Admite bajo este marco que fueron la ocupación extensiva del mercado y el lucro mostrado por parte de quienes se dedicaban a las actividades comerciales, junto con el desenvolvimiento de las acciones y las instituciones mercantiles, el papel que comenzó a experimentar la inversión y la acumulación, amén de la instrumentación de créditos al lado de la obtención de beneficios, la creación de empresas, tal cual sucedió en Europa con el desarrollo en sectores más allá del comercio con regiones remotas, de manera incipiente incluyendo la producción, factores con los que se puede justificar y determinar la conformación del capitalismo.

En relación con los inicios de éste en Europa demuestra que su perfil se mostró en los Países Bajos. Inicialmente se extendió en las provincias que se enfrentaron al dominio español, desde 1579-1648, en la república independiente que surgió en el norte de ellos. Luego sería Inglaterra con monarquía parlamentaria desde 1688-1689, que luego se transformaría en Gran Bretaña con la incorporación de Escocia en 1707. Realza que ya desde los siglos XVII y XVIII, para los casos de los Países Bajos e Inglaterra, se puede hacer referencia a un sistema capitalista plenamente desarrollado. "... Los Países Bajos evolucionaron antes. En el siglo XVII eran ya *el* modelo para toda esa Europa que se iba modernizando, pero en el siglo XVIII consiguió adelantársele el Reino Unido..." (P.101).

Siendo el examen de los elementos diferenciadores que caracterizaron el dominio del capitalismo europeo frente a Arabia y Asia, del libro titulado *Historia del capitalismo*, conviene precisar que los factores que entraron en vigor y facilitaron la hegemonía europea fueron de orden económico, social, estatal y cultural, por encima de diferencias respecto a la productividad y el crecimiento entre estas regiones. También Kocka indica que lo sucedido en los Países Bajos e Inglaterra, en las postrimerías del siglo XVIII, fue consecuencia de largos procesos desplegados durante siglos. Finalmente, hace referencia al prominente rol que desempeñaron los gobiernos, la colonización y la protoindustrialización. "... Ninguno de estos tres factores se dio en China, si lo hizo, fue de una forma claramente distinta..." (P. 109).

A estos señalamientos se pueden sumar los delineados por Ferguson al momento de estudiar porqué la América española se estancó en su desarrollo, luego de independizarse del imperio español. Si bien es cierto que Hispanoamérica tuvo tantas oportunidades de desarrollo como la América del norte, no lo es menos la carencia de experiencia en la toma de decisiones por la vía democrática, tal como había sido usual en las asambleas coloniales del norte. Ferguson añade otro problema, como lo fue la desigual distribución de la propiedad, así como el grado de heterogeneidad y división étnica presente en la América meridional. Lo cierto de lo hasta ahora anotado es que para Kocka y para Ferguson una parte de Occidente logró imponerse en todos los escenarios de la vida humana. Aunque son cautelosos a la hora del balance y el crecimiento de China y, hasta cierto punto, la India en los últimos años.

Por otra parte, Kocka denomina fase intermedia a lo acontecido hacia el 1500, momento a partir del cual Europa, o una fracción de ella, se convirtió en hegemónica frente al resto del mundo. Por ello insiste en apartarse de percepciones eurocentradas u occidentalistas acerca del desarrollo capitalista. Aunque Ferguson acentúe su indagación en Occidente, al incorporar a los Estados Unidos de Norteamérica, su propuesta pareciera diferir de la de Kocka. No obstante, sus tramas se entrecruzan al otorgar un lugar destacado al capitalismo comercial que se extendió por el Índico y la Ruta de la Seda, al igual que al

importante papel jugado, en este sentido, por los musulmanes. En el desarrollo de sus argumentaciones Ferguson sostiene la dificultad de distanciarse de visiones eurocéntricas en lo atinente al desarrollo de la denominada, por parte de la cronología absoluta, Edad Moderna. Resulta razonable su afirmación siempre y cuando acordemos que la denominada fase intermedia resulta un hito en este orden de cosas anteriormente mencionadas. Lo que no quiere decir que Occidente, en la actualidad, no se vea de nuevo amenazada en sus disputas con el Oriente, tal cual sucedió antes del siglo XV.

La versión eurocentrada de la historia ha difundido la idea de que el capitalismo surgió durante el siglo XIII, pero según los estudios hasta ahora comentados su extensión ya se había mostrado en el mundo árabe y en China. Una sustancial diferencia estribó en que en Europa el capitalismo comercial, o quienes lo hicieron posible, incursionaron en el área financiera y se lograron fortalecer con instituciones del mismo tenor autónomas y una particular cercanía con el poder político. Ya desde el siglo XII aparecieron bancos en Génova y más adelante en otros espacios territoriales europeos. Junto con la edificación de los estados modernos el sector financiero se fue robusteciendo, especialmente, gracias a los préstamos y letras de cambio requeridos por los gobiernos en tiempos de guerras. Tanto es así que Ferguson arguye que la guerra en Europa, entre otros beneficios, claro está sin ser su objetivo primordial, fue que animó la innovación tecnológica, así como que los estados se vieron en la necesidad de ser más eficientes en lo que se refiere a obtener ingresos para sostener sus campañas militares.

Kocka y Ferguson no dejan de tomar en cuenta los argumentos que se extendieron en conjunto con el modelo capitalista, que comenzó a dominar la escena de un segmento del mundo. El caso de Hirschman resulta sintomático porque su estudio, poco común me atrevería a asegurar, se concentra en el análisis de un conjunto de explicaciones explicitadas antes de lo que el considera antecedieron al triunfo del capitalismo. Como se puede apreciar no parecen existir criterios unánimes en cuanto al momento preciso de cuándo este último sistema de intercambio, producción, circulación y acumulación

alcanzó la definición que algunos le otorgan. Los debates alrededor de esta situación se han centrado, especialmente, en lo heredado de los estudios trazados por Carlos Marx, Max Weber, Joseph Schumpeter y John Maynard Keynes, entre los más citados, y que los autores comentados en esta oportunidad reconocen sus aportes sin seguir literalmente sus versiones.

No deja de ser importante considerar el conjunto de reflexiones vertidas por distintos pensadores occidentales, frente al comercio y las nuevas modalidades productivas y de acumulación que ya para el 1700 se habían expandido por Europa y espacio contiguos. Es el tema que interesa a Hirschman quien sugiere que entre los siglos XVI y XVII, el modelo capitalista había sido mayoritariamente cuestionado por distintos pensadores que el llama escépticos y enemigos del mismo. Fue en el transcurso del 1700 que un puñado de pensadores vertieron valoraciones positivas del capitalismo, aunque la denominación del mismo se hizo por medio de los términos *Trade* o *Commercial society*. Con el estudio alrededor de la visión acerca del interés y las pasiones, Hirschman se va adentrando en las diversas elucubraciones que dieron origen a la aceptación intelectual del modo de producción capitalista. Así puntualiza que "... la obsesión por el interés ayudó a dar legitimidad y prestigio a las actividades comerciales y otras actividades privadas semejantes que hasta entonces habían ocupado un pobre lugar en la estima pública..." (P. 205).

Al igual que Hirschman, Ferguson y Kocka resaltan estas nuevas posturas. Por supuesto, no dejan de recordar el caso de Adam Smith, tan citado pero escasamente estudiado, al igual que a Hegel, y a quienes se les conoce por lo que sus detractores, de Marx en adelante, han expresado. Si todavía para el 1600 el interés se asoció con pasiones salvajes y peligrosas, durante el 1700 se apreció el interés particular en tanto y cuanto beneficio. La pasión por el interés individual se pensó podría beneficiar a los integrantes de la sociedad, aunque sin ser este su propósito fundamental. Un ejemplo muy citado resulta ser el del Barón de Montesquieu. Este consideró de modo positivo el comercio, pero no el poder que se podría derivar de él. Hirschman recuerda que celebró la difusión de la letra de cambio y el arbitraje, al

suponer que con ambos se combatiría el despotismo. De ello resulta un convencimiento algo generalizado en este tiempo como lo fue el de la pasión compensatoria, al considerar que la pasión por el comercio compensaría la pasión insaciable de poder.

Bajo este marco de estudio asienta que la imagen benévola hacia los negociantes quizá cobró relieve al ser ponderada con la piratería, propia de aquel tiempo. Los tres autores no dejan de hacer referencia a la obra *La riqueza de las naciones* (1776), redactada por Adam Smith, para quien, al igual que los fisiócratas franceses, desecharon la idea de acuerdo con la cual la expansión económica, aupada por el comercio, traería consecuencias políticas que favorecerían la paz. Hirschman argumenta que el principal impacto de la obra de Smith, fue el de haber justificado la libertad económica y con la cual alcanzar el interés propio de cada individuo. En contraste con concepciones anteriores que hicieron énfasis en las consecuencias políticas de la persecución del interés propio. Aunque, según Hirschman, se avino con la concepción según la cual el incremento de riqueza podría reducir el poder político de los gobernantes. Con las secuelas de la Revolución Industrial estas apreciaciones, acerca del comercio, disminuyeron en virtud de los estragos sociales y naturales que ella conllevó. También cabe señalar que, ideas como las asociadas con el humanismo republicano del Renacimiento, entre las que se defendió el bien común ante el interés personal y la gloria, con sus implicaciones fastuosas de la esfera pública, fue apartada al ser relacionada con la pasión destructiva del amor a sí mismo.

En términos generales, se trata de tres estudios de valioso contenido por su aproximación a una historia que hoy cobra nuevos bríos, en virtud de la fuerza que viene mostrando Oriente en las distintas esferas de la vida social del sistema mundo. Es factible considerar que no es inédita la situación de Arabia, tal cual Kocka utiliza este concepto, frente a Europa y el mundo occidental que alcanzó imponerse con la modernidad. De igual manera, no parece ser inédita la disposición actual, específicamente en algunos países de Suramérica, de reduplicar concepciones en torno al asunto acá esbozado y propias de la década del sesenta del 1900, tramadas por el marxismo

soviético. Por lo general, los asuntos tratados por Ferguson, Kocka y Hirschman han sido estudiados por parte de economistas, sociólogos o historiadores priorizando fuerzas externas, las que suponen han sometido a los agentes sociales, sin considerar el rol activo que éstos han podido tener en la edificación y estructuración del capitalismo. O, también, concentran sus análisis ya sea en leyes, creencias religiosas o tradiciones culturales que los constriñen a vivir supeditados a una suerte de seres determinados y, por ende, sin iniciativas.

Me parece que, y lo digo a partir de la lectura de estos textos, resulta necesario afinar la mirada hacia horizontes distintos a los que la autoridad reinante intenta imponer. El desenvolvimiento histórico muestra que lo que se impuso en la dimensión productiva, acumulación, intercambio, consumo, fueron parte de opciones. No obstante, se impuso un tipo de organización que es necesario examinarla bajo los parámetros de lo que se ha venido denominando proceso, progreso, civilización, humanidad, orden, felicidad, justicia, armonía, las que, a su vez, han sido leídas con las balizas que imponen las doctrinas y los dogmas. Empero, la historia está plagada de albur, contingencias, acontecimientos, cuyos efectos no son siempre los esperados. Quienes continúan creyendo que ella puede ser controlada por sus designios o son presa de un tipo de psicosis, o, sencillamente, viven sumergidos en un total desconocimiento de lo que la vida nos ofrece.

